

GOLPE DE EFECTO

SEUDÓNIMO: KIARA

El sol del verano ya entra por la ventana. Suspiro y miro hacia el horizonte. Hoy he de volver al pueblo como cada año y de pronto tengo una agradable sensación que me hace sentir que los años no han pasado, al mismo tiempo que me abrumba la nostalgia por ver que ya nada es igual.

Mis hijos han vivido los veranos de su infancia en mi pequeño pueblo de Castilla. A veces, mientras los miro me pregunto si guardarán secretos de sus aventuras en él al igual que lo hago yo. No puedo dejar de recordar aquellas tardes en las que mis amigos de la infancia, aquellos que son los primeros que te echan el brazo al hombro, y yo nos subíamos al monte e improvisábamos algún juego nuevo con el que atravesábamos los bosques, observábamos el vuelo de las aves y lanzábamos con efecto piedrecitas a los riachuelos. Aquellos recuerdos no se olvidarán jamás.

De nuevo en el coche dejo la gran urbe de cielo gris atrás, aquella que me arrancó de mi pueblo por un trabajo que la tierra que me había visto nacer era incapaz de darme. El sonido irritante del tráfico imprudente por fin se va perdiendo en la lejanía.

Mi mujer y mis hijos, unos adolescentes ya, se reunirán conmigo mañana. Yo siempre adelanto el viaje para darles alguna sorpresa, es ya tradición que prepare la vieja casa de mi abuela con el aroma de las lilas que crecen en esta

tierra y ponga a funcionar aquel tocadiscos que todavía hace sonar las canciones que adornaban en las verbenas del pueblo en aquellos ya lejanos años setenta.

Voy surcando ya las serpenteantes carreteras atravesadas por bosques que crean poderosas sombras y eclipsan los rayos de sol. Apago la radio y dejo que sea la banda sonora de mi tierra la que ilumine el camino, el ruiseñor como director de orquesta inicia su canto y da paso al sutil sonido del viento que golpea las poderosas ramas de los robles y como si fuera un cuarteto de violines los ríos dejan que el sonido de sus aguas envuelva de belleza y sensibilidad todo el paisaje.

El pueblo ya se divisa en el horizonte y yo espero encontrarme como cada año con un viejo amigo, el habitante más antiguo de este lugar, más de ciento cincuenta años tiene, el reloj del histórico casino del pueblo.

Él y yo guardamos un secreto, un secreto que tan solo Esteban y David, mis dos mejores amigos, conocen. El verano de 1982 era el último que íbamos a pasar en el pueblo antes de marchar a la universidad. Esteban, tan poeta como siempre, comenzó a entrar en un trance melancólico. De fondo se escuchaba la pequeña orquesta de las fiestas y nosotros estábamos solos en aquel rincón contemplando el emblemático reloj. Esteban dijo de pronto: —Os dais cuenta las veces que este reloj ha marcado el ritmo de la misma escena, los jóvenes que se van del pueblo.

—Nosotros no nos vamos —le respondí yo como un ignorante. Esteban siempre era más realista y yo me negaba a ver lo evidente.

El reloj seguía girando y nosotros no dejábamos de ver como marcaba los segundos. En silencio escuchamos el discurso del alcalde, los aplausos y algún "viva" para el pueblo, la orquesta o para alguien especial. Reconozco que aquella noche había bebido un poco de más, así que impulsivo como siempre lancé mi golpe de efecto contra aquel simbólico reloj. En el mismo momento que la piedra golpeaba el reloj ya me estaba arrepintiéndome de ello. Así que los tres corrimos a escondernos en la primera casa más cercana, las puertas siempre estaban abiertas a cualquier vecino que necesitase entrar. Pronto todos se apresuraron hacia el lugar del suceso, se echaban las manos a la cabeza, no podían imaginar quién había sido capaz de romper aquella maravilla. La verbena se suspendió y la gente marchó a sus casas, excepto yo que con las herramientas de la carpintería de mi padre terminé arreglando a mi viejo amigo. A la mañana siguiente nadie daba crédito a lo sucedido, las saetas del guardián del pueblo continuaban girando y muchos pensaron que lo que habían vivido la noche anterior había sido tan solo una alucinación.

Ese el secreto que guardo, desde que sentí las agujas de ese reloj, testigo del paso del tiempo, en mis manos las historias más profundas de mi pueblo traspasaron mi corazón como un golpe de efecto que te hace revivir todo aquello que permanece escondido entre las calles antiguas de una tierra que ha dado abrigo a los corazones de mis antepasados.

Guardaré esta historia hasta que llegue el momento oportuno para entregarla a aquel que sepa entenderla. Probablemente se la regale a mis nietos, ya que eso es lo que hacen los abuelos, contar historias de su pueblo adornadas de magia y de nostalgia.